

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen, donde los ladrones abren boquetes y los roban. Atesorad tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que se los roen, ni ladrones que abran boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro allí estará tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, tu cuerpo entero tendrá luz; si tu ojo está enfermo, tu cuerpo entero estará a oscuras. Si, pues, la luz que hay en ti está oscura, ¡cuánta será la oscuridad!».*

La interpretación literal de estas palabras de Jesús nos puede hacer suponer que nos está pidiendo que atesoremos méritos para el más allá, para asegurarnos el poder gozar en la otra vida.

Lo que nos está pidiendo, no es acumular nada, sino comprender que el mayor tesoro que podemos gozar en esta o en la otra vida, es el mismo Dios, ese Dios que está en cada uno de nosotros, que nos invita a verlo en nuestros semejantes.

Jesús nos dice que la lámpara del cuerpo es el ojo. Si nuestro ojo está apegado a las cosas de este mundo, ese ojo está ciego, y lo que proporciona es oscuridad: que me tengan en cuenta, que me consideren importante, que me admiren... El ojo ciego y el corazón a oscuras, no nos dejan ver todo lo bueno que nos rodea y, por lo tanto, nos encerramos en nosotros mismos y no vivimos más que para el egoísmo personal.

Jesús nos invita a tener una mirada limpia, para que la luz alumbre nuestra vida y no nos anclamos a lo que es caduco, en lo que no es importante, teniendo como máximo tesoro una vida enfocada por y para Dios, asumiendo que las riquezas de este mundo son finitas, y no tienen ningún valor en la vida futura.

Las personas con el corazón limpio y libre, son un gran ejemplo y una gran ayuda para los demás. Sin pretenderlo, iluminan.